



**ASE**

**50 ANIVERSARIO  
1951-2001**



**RETOS DEL EMPRESARIO  
A COMIENZOS DEL  
SIGLO XXI**

---

**MICHEL CAMDESSUS**  
*EX DIRECTOR GENERAL DEL FONDO  
MONETARIO INTERNACIONAL.  
GOBERNADOR HONORARIO  
DEL BANCO DE FRANCIA*

**ASE**

acción social empresarial



**RETOS DEL EMPRESARIO  
A COMIENZOS DEL  
SIGLO XXI**

---

**MICHEL CAMDESSUS**  
*EX DIRECTOR GENERAL DEL FONDO  
MONETARIO INTERNACIONAL.  
GOBERNADOR HONORARIO  
DEL BANCO DE FRANCIA*

INSTITUTO EMPRESARIAL  
José Maraño  
MADRID

GRÁFICAS ORMA  
ALCOBENDAS (MADRID)  
TELÉFONO 91 661 78 58 - FAX 91 661 83 40

Depósito Legal: M. 32889-2002

EDITA:

Acción Social Empresarial  
José Maraño, 3 bajo  
28010 MADRID

IMPRIME:

Gráficas ORMAG  
Avda. Valdelaparra, 35  
28108 ALCOBENDAS (Madrid)  
Teléf.: 91 661 78 58 - Fax 91 661 83 40

***Acción Social Empresarial se siente muy honrada en presentar la intervención que el Excmo. Sr. D. Michel Camdessus tuvo en el acto conmemorativo de los 50 años de su fundación, y, al tiempo que siente esta gran satisfacción, desea resaltar de modo inmediato y con toda claridad, la primera y principal afirmación que nos hizo en la misma:***

*«entre las pocas lecciones obtenidas de la experiencia de los últimos quince años, puedo destacar que la Doctrina Social Cristiana, que se nos dice pasada de moda, es uno de los pocos mensajes, sino es el único, que ofrece a los hombres de las más diferentes culturas, una respuesta actual, abierta al futuro del mundo, universalmente relevante, para guiarles en el desempeño de sus responsabilidades para construir un mundo que, más que nunca, requiere de más fraternidad y esperanza».*

*Pero hay más.*

*Para quienes tuvimos oportunidad de escuchar al Sr. Camdessus directamente, releer ahora las siguientes páginas es todo un privilegio, al poder entender el énfasis con el que realizó en el momento oportuno muchas de sus afirmaciones.*

*Para quienes no pudieron acompañarnos en la jornada conmemorativa, nos congratula al ofrecerles la intervención, invitándoles a su lectura, que a*

más de importante por el contenido, resulta motivante y despierta el deseo de seguir la línea de cuanto en la misma se indica.

El Sr. Camdessus comienza señalando los riesgos que comporta la globalización y muy pronto se contesta a sí mismo, indicando que toda civilización encuentra sus raíces en un sistema de valores. Pero, ¿qué valores?

Inmediatamente contesta:

1. la dignidad humana,
2. la responsabilidad individual y conjunta para lograr un bien común universal,
3. la solidaridad.

**¿No coinciden acaso, se pregunta, con los principios básicos de la Doctrina Social de la Iglesia?**

El mundo que nos espera debe ser más acogedor para todos los hombres, respetando con intransigencia su dignidad.

Y así con sencilla rotundidad, Camdessus, sigue hablando del sentido global de la responsabilidad ante el bien común y de la necesidad de una autoridad pública universal y del reto para manejar la economía mundial, hasta llegar a reiterar con la «*Pacem in terris*» el valor de la subsidiariedad.

Piensa Camdessus, que las grandes esperanzas que pueden extraerse de la globalización que está unificando el mundo, sirvan para el desarrollo humano.

Habla de solidaridad para reducir la pobreza y recoge de la «*Sollicitudo rei socialis*» la afirmación de Juan Pablo II:

«o el desarrollo se convierte en un hecho común a todas las partes del mundo, o sufre un

*proceso de retroceso aún en las zonas marcadas por un constante progreso».*

*Finalmente, Camdessus, nos presentó con una rotunda sencillez la siguiente consideración:*

*«Hemos escuchado que el desarrollo es el otro nombre de la Paz. ¿Por qué olvidamos la fórmula inversa, según la cual, la paz es el otro nombre del desarrollo?»*

*En fin, que muchas sugerencias, muchos caminos, muchas recomendaciones se encuentran en las páginas siguientes que ASE, muy complacidamente, te ofrece, invitándote a que, junto a nosotros, vengas tú también a recorrer un camino que, desde luego no es fácil, pero que recorrido por y para los demás produce una gran satisfacción de la obra bien hecha.*

*Camdessus no tiene duda de que los que vencerán en la contienda competitiva de los próximos años serán empresarios que habrán invertido con prioridad en capital humano, que habrán sabido valorar al máximo a cada uno de sus empleados, que habrán sabido asociarlos a los objetivos de la Empresa y liberar este formidable capital de creatividad y de iniciativa que existe en todos los seres humanos a veces ignorado por ellos mismos.*

*¿Querrás tú, amigo, venir, con Acción Social Empresarial, a integrarte en este grupo de ilusionados al servicio de una idea: el hombre y su dignidad?*

PEDRO MURGA ULIBARRI  
*Secretario General de ASE*



En primer lugar, permítanme unirme a todos los que han acudido a felicitar a Acción Social Empresarial, con admiración y agradecimiento, por el camino recorrido, la labor cumplida, los hombres que han participado durante estos cincuenta primeros años de su vida. Es para mi un grandísimo placer traer, también, el saludo fraterno y admirativo de las casi centenarias Semanas Sociales de Francia. Enfrentando responsabilidades similares, labrando el mismo campo, compartiendo la misma Esperanza, encontramos en el éxito de Acción Social Empresarial, una gran fuente de inspiración para continuar nuestra tarea.

En esta ocasión, sería una buena idea que pudiéramos intercambiar nuestras experiencias acerca de los retos para el empresario de cara a la globalización, a la luz de la Doctrina Social de la Iglesia (DSI). Este es el tema que me sugirieron D. Carlos Álvarez Jiménez y D. Pedro Murga. Lo único que ellos prefirieron olvidar es que mis títulos para hacerlo son mínimos, puesto que no soy ni teólogo, ni sociólogo, ni empresario y apenas economista. Gracias a Dios, no soy el primero en haberse expresado con poca competencia sobre este tema.

Lo que sí que puedo compartir es la experiencia que me ha tocado vivir, principalmente durante los últimos quince años, y muy especialmente du-

rante los meses pasados, actuando de enviado especial del Secretario General de la ONU para la preparación de la conferencia de Monterrey. Pero un testimonio sólo vale si es totalmente sincero, y esto me lleva a decirles, de entrada, que entre las pocas lecciones obtenidas de la experiencia de los últimos quince años, puedo destacar que: la doctrina social cristiana, que se nos dice pasada de moda, es uno de los pocos mensajes, si no es el único, que ofrece a los hombres de las más diferentes culturas, una respuesta actual, abierta al futuro del mundo, universalmente relevante, para guiarles en el desempeño de sus responsabilidades para construir un mundo que, más que nunca, requiere de más fraternidad y esperanza.

Ya les he dado mi conclusión. ¿Cómo llegué a ella y qué significa para los empresarios cristianos? Déjenme decírselo, tratando primero de tomar la medida de lo que la globalización significa, y de ver, en particular, cuales son las oportunidades y riesgos que acarrea, y que afectan al papel de todos y no sólo de los Estados.

*La doctrina social cristiana es uno de los pocos mensajes, si no es el único, que ofrece a los hombres de las más diferentes culturas, una respuesta actual, abierta al futuro del mundo*

En dos palabras, se trata de una mezcla compleja de oportunidades y riesgos. Ya se han identificado mil veces, aunque, en nuestra vieja Europa, se insista más en los riesgos que en las oportunidades. Pero son ustedes empresarios, es decir, hombres y mujeres que asumen riesgos para aprovechar y difundir oportunidades; a quienes este panorama no les puede, pues, asustar. Empezemos pues por tomar nota de las oportunidades.

La combinación entre la ampliación del campo de la economía de mercado, la irrupción de las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación y la unificación mundial de los mercados del dinero, ha creado las condiciones favorables para

el desarrollo de la economía mundial. Las empresas se organizan en redes mundiales ganando en libertad y en eficacia. Con la liberalización de los controles de cambio y la existencia de una inmensa reserva potencial de financiación privada se puede favorecerse el desarrollo de las economías preparadas para reunirse en la gran corriente de integración de la economía mundial.

Lo dice sobriamente Ecclesia en América:

«En realidad, hay una globalización económica que trae consigo ciertas consecuencias positivas, como el fomento de la eficiencia y el incremento de la producción, y que, con el desarrollo de las relaciones entre los diversos países en lo económico, puede fortalecer el proceso de unidad de los pueblos y realizar mejor el servicio a la familia humana».

De modo más lírico lo apuntó el escritor peruano Mario Vargas Llosa —cito de memoria—:

«Debemos convencernos de que nunca antes, en toda la historia de la humanidad, hemos tenido un potencial intelectual científico y económico como el actual, para combatir nuestros males atávicos: el hambre, la guerra, la exclusión y la opresión».

Pero hay que mirar ciertamente a los riesgos que explican la angustia de la opinión pública. Anotemos cinco de ellos; se trata de fenómenos cuya relación de causalidad entre sí y la globalización no está claramente establecida.

El primer riesgo, repitámoslo, es la marginalización. Algunos países en desarrollo han comprendido cómo hacer frente a las fuerzas de la globali-

*Debemos convencernos de que nunca antes, en toda la historia de la humanidad, hemos tenido un potencial intelectual científico y económico como el actual, para combatir nuestros males atávicos: el hambre, la guerra, la exclusión y la opresión*

*Los países incapaces de participar en la expansión del comercio mundial o de atraer un volumen significativo de inversiones privadas, se arriesgan a ser los olvidados de la economía mundial*

zación para acelerar su progreso económico, pero en ningún caso va a ser igual para todo ellos. Los países incapaces de participar en la expansión del comercio mundial o de atraer un volumen significativo de inversiones privadas, se arriesgan a ser los olvidados de la economía mundial. Estos son, precisamente, los países que están más necesitados de intercambios, de inversiones y del crecimiento que la globalización podría aportarles; los más expuestos al riesgo. Se podría decir que los países más pobres no figuran en el mapamundi de las inversiones mundiales. El mercado no tiene un remedio para los más pobres. Podemos temer, pues, que el abismo se amplíe entre ambos extremos.

El segundo riesgo, muy ligado al primero, es el de las desigualdades entre países y las desigualdades en el interior de un mismo país, lo que establece una distancia vertiginosa entre los extremos, distancia exacerbada por la nueva vecindad que crea la mundialización de la información. Igualmente, si la globalización, propiamente hablando, no es responsable del crecimiento de las desigualdades entre los países, puesto que algunos se han quedado a un nivel comparable al de 1975, la situación y, a veces, el incremento de estas diferencias a nivel nacional —también en los países industrializados— contribuye a incrementar las tensiones.

El tercero es el riesgo de la inestabilidad financiera. En el pasado reciente, numerosas y costosas crisis han sacudido la economía mundial: el hundimiento del precio de las acciones, las fuertes turbulencias del mercado de cambios, la crisis desencadenada sobre los mercados en crecimiento por los acontecimientos sucedidos en México, la quiebra de grandes instituciones financieras, tantos acontecimientos que han subrayado las carencias

de nuestro sistema. Ahora sabemos que una crisis financiera, apenas iniciada, no importa en que lugar del mundo, puede difundirse como un reguero de pólvora y repercutir, en última instancia, sobre los más vulnerables. La crisis asiática de los años noventa nos lo demostró. Estamos, desde ahora, en una situación de interdependencia mucho mayor de lo que imaginamos. Un único país —incluso de talla modesta como Tailandia— se derrumba, y provoca una crisis en el mundo.

El cuarto: la globalización cultural producida por la fuerza de los medios de comunicación social. Estos imponen nuevas escalas de valores por doquier, a menudo arbitrarias y en el fondo materialistas, frente a las cuales es muy difícil mantener viva la adhesión a los valores del Evangelio.

El quinto riesgo, por último, constituye, por sí sólo, una metáfora del siglo XXI: el surgimiento continuo de problemas de dimensión mundial (clima, criminalidad, drogas, piratería informática, migraciones, grandes epidemias y otros que habrán surgido antes de que este texto sea publicado) que ignoran las fronteras de los Estados y ante los cuales estamos —como aquel que dice— lastimosamente desarmados.

Ante tal mezcla de oportunidades y riesgos, la opinión pública no se conforma con las respuestas estereotipadas de muchos responsables. El rechazo se manifiesta cada día con más intensidad, multitudinario frecuentemente y, a veces, violento. La opinión pública se da cuenta que esto no es un problema de vaso medio vacío o medio lleno; es un problema de civilización, hasta ahora, sin respuesta satisfactoria.

*Una crisis financiera, apenas iniciada, no importa en que lugar del mundo, puede difundirse como un reguero de pólvora y repercutir, en última instancia, sobre los más vulnerables*

En la proliferación de declaraciones de los últimos meses sobre la globalización, Vaclav Havel —hombre de teatro, padre de la « Revolución de terciopelo » en Praga y hoy Presidente de la República— ha puesto el dedo en la llaga con respecto al problema. Se dirigió, a finales de septiembre del 2000 a las Asambleas Anuales del FMI y del Banco Mundial y señaló:

«Las voces se levantan subrayando la necesidad de reestructurar la economía de los países en desarrollo y el deber de los ricos de sostenerla. Si esto se hace con suavidad, sobre la base de un excelente conocimiento de un medio concreto y de sus intereses y necesidades, es ciertamente bueno y útil. Pero yo estimo que nos corresponde pensar en otra reestructuración: la de un sistema de valores sobre el que descansa la civilización actual. Y esta es justamente la apuesta de todos nosotros».

¿Cómo reestructurar un sistema de valores?, sin ilusión añadió:

«... No tendremos un porvenir halagüeño si no cambiamos en nuestro interior y no tenemos el coraje de poner orden y reconstruir un sistema de valores que seamos capaces de compartir y respetar, a pesar de nuestra diversidad, y de aplicar estos nuevos valores a cualquier aspecto situado más allá del horizonte de un interés inmediato de una persona o de un grupo. ¿Cómo conseguirlo sin un nuevo impulso poderoso del espíritu humano?».

Estas son palabras que los responsables financieros del mundo no esperaban. Havel tiene to-

da la razón. Una civilización encuentra sus raíces en un sistema de valores. Pero, ¿qué valores?

---

## I. ¿VALORES, PERO QUÉ VALORES?

---

¿Qué valores que puedan ser reconocidos universalmente? Valores que puedan unir a los hombres en la búsqueda de un bien común universal, valores para los cuales todos puedan estar dispuestos a sacrificar algo. Durante trece años viajando de un país a otro, discutiendo con líderes de decenas de países sobre la dimensión no sólo local sino universal de sus responsabilidades, he estado tratando de identificar esos valores. Encontré los siguientes:

- la dignidad humana (art. 1 de la ONU),
- la responsabilidad individual y conjunta para lograr un bien común universal,
- y la solidaridad.

Los enumero con temor, sabiendo cuánto las diferencias culturales entre países pueden afectar el contenido mismo de los conceptos, y observando, además, que la adhesión intelectual a ciertos valores no implica su respeto total en la práctica. La realidad es, al contrario, que el Hombre esta herido en su dignidad cada día. Y debo añadir que no estoy seguro que hoy en día muchos países asumieran el riesgo de ratificar la Declaración Universal de Derechos Humanos tal como se votó al terminarse la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, creo que todos los hombres pueden unirse y trabajar en base a estos valores. Observen, por favor, cuanto coinciden con los principios básicos sobre los cuales esta construida la Doctrina Social de la Iglesia:

*No estoy seguro que hoy en día muchos países asumieran el riesgo de ratificar la declaración universal de derechos humanos tal como se votó al terminarse la Segunda Guerra Mundial*

*Abandonada  
a sus propios  
dinamismos,  
la globalización  
nos podría llevar  
a una nueva  
Babel*

- el principio de la dignidad de la persona humana,
- el bien común,
- la participación y la subsidiariedad,
- la solidaridad.

Esto nos indica algo muy sencillo, pero que constituye al mismo tiempo un formidable mensaje para el empresario cristiano. Bien sabemos que abandonada a sus propios dinamismos, la globalización nos podría llevar a una nueva Babel. Pero tenemos las palabras para asentar una estrategia que nos permita construir, con el dinamismo del Espíritu, un mundo más acogedor para todos los hombres, respetando con intransigencia su dignidad. Esto se puede descubrir a partir de los dos ángulos que sugieren los economistas: el ángulo macro económico, el mal llamado microeconómico, el ángulo de las empresas. Adoptemos pues estos dos puntos de vista. Empiezo brevemente por el que me es más familiar: la macro economía a escala mundial para que perciban cuanto se imponen estos dos valores de responsabilidad y de solidaridad.

### **1. Sentido global de responsabilidad ante el bien común**

---

El sentido de la responsabilidad es un aspecto clave de la antropología y de la ética cristianas. Lo dijo magníficamente Vaclav Havel, abriendo la Asamblea anual del FMI y del Banco Mundial en Praga, el año pasado: «dado este orden de cosas, en la globalización, sólo tenemos una posibilidad: buscar en nuestro interior y a nuestro alrededor nuevas fuentes de un sentido de responsabilidad para el mundo». La globalización hace obviamente

necesaria la renovación del sentido humano de responsabilidad para el bien común por lo menos en tres aspectos:

- la responsabilidad de cada país —grande o pequeño— por el mundo entero, para el bien común universal;
- la responsabilidad de responder de manera coordinada a las crisis;
- la responsabilidad de promover una autoridad pública universal. Me detengo un instante sobre este último tema que, por lo general, se enfatiza poco.

## **2. Autoridad pública universal y subsidiariedad en el gobierno del mundo**

---

En una declaración profética a comienzos de los años sesenta, el Papa Juan XXIII hizo un llamamiento para el establecimiento de una autoridad pública de competencia universal. Tal sugerencia merece ser examinada, aun con el principio de subsidiariedad, una nueva forma de «governance» mundial inspirada en esa visión, podría ayudar a crear las condiciones institucionales para obtener una percepción más clara de nuestro destino común y para una mejor protección de la comunidad mundial contra riesgos colectivos de escala global.

Lo que está siendo logrado comúnmente con los recursos disponibles de la ONU, las instituciones de Bretton Woods y otros foros de cooperación bilateral y multilateral, efectivamente no es despreciable. Probablemente gracias a estos esfuerzos la crisis asiática y su subsiguiente, no se convirtió en una crisis sistémica mayor. Pero se podrían lograr mejores resultados si revisamos la cuestión más amplia del

***Somos la primera generación de la historia que se enfrenta a la necesidad de organizar y manejar el mundo, no desde una posición de poder, sino a través de un reconocimiento de las responsabilidades universales de todos los pueblos***

gobierno económico mundial, no con la perspectiva de establecer alguna clase de gobierno económico, sino con la motivación más moderada de encontrar una respuesta global a indisolubles problemas de dimensiones mundiales. De cualquier forma, el reto es formidable. Somos la primera generación de la historia que se enfrenta a la necesidad de organizar y manejar el mundo, no desde una posición de poder como la de Alejandro, la de César o la de los aliados al final de la Segunda Guerra Mundial, sino a través de un reconocimiento de las responsabilidades universales de todos los pueblos, de iguales derechos al desarrollo sostenible y de un deber universal de solidaridad y cooperación. ¡Esto es más difícil! Y ha de hacerse en un entorno adverso, no el de un proceso irreversible hacia la unidad mundial, sino el de una lucha indecisa entre fuerzas centrípetas a favor de integración y fuerzas centrífugas, regresivas y violentas como las hemos visto en los Balcanes y en tantos otros lugares del mundo.

El reto es hallar mecanismos para manejar la economía internacional que a la vez:

1. Preserven la soberanía de los gobiernos nacionales.
2. Colaboren armónicamente con el funcionamiento efectivo de los mercados.
3. Aseguren la estabilidad financiera internacional.
4. Ofrezcan soluciones a los problemas que trascienden los límites del Estado-nación que, por cierto, no va a desaparecer pronto pero que, para sobrevivir, necesita reconocer sus limitaciones. ¡Qué tarea!

Para comprender esto sólo necesitamos comparar nuestro mundo con el mundo de 1945. Cada

país ha alcanzado ahora su soberanía, cada uno quiere cargar completamente con su responsabilidad en el enfrentamiento con los problemas globales y sabemos que la participación efectiva de cada país en el manejo de la «aldea global» es clave para su propio funcionamiento. Además, mientras la globalización ha operado hasta ahora bajo el capricho de fuerzas financieras y tecnológicas más o menos autónomas, ya es tiempo de que todos respaldemos activamente este propósito de que progrese adecuadamente para hacer consistente la unidad mundial y ponerla al servicio de la humanidad.

Se requieren instituciones que puedan facilitar la reflexión común a los más altos niveles, cuando quiera que sea necesario, y que sean capaces de asegurar que las estrategias globalizadas sean adoptadas e implementadas cuando parezca que estos problemas pueden ser manejados efectivamente a nivel global. Los problemas son muchos y muy serios. Sólo quisiera señalar tres de ellos:

1. Ausencia de instituciones apropiadas en nuevos campos de gran importancia global.
2. Falta de coherencia y de justa representación en la toma de decisiones económicas internacionales.
3. Ausencia de responsabilidad política por parte de instituciones internacionales.

Las deficiencias en la efectividad del presente sistema de gobierno mundial son muy claras. Problemas que nos amenazan diariamente no se conocían antes o no tenían la misma dimensión hace cincuenta años, cuando la actual constelación de instituciones multilaterales fue establecida. El ejemplo más notable es el del medio ambiente, hoy un

*La participación efectiva de cada país en el manejo de la «aldea global» es clave para su propio funcionamiento*

problema de dimensión mundial. No importa la resistencia que oponamos a aumentar al aparato burocrático de la ONU, es absolutamente evidente que el mundo tendrá que afrontar estas deficiencias, y cuanto más pronto mejor. Cada vez que ocurre una catástrofe ambiental, tenemos presente este problema, pero nada se está haciendo para corregirlo. Junto al medio ambiente, los temas de las tendencias monopolísticas mundiales y de los trabajadores inmigrantes justificarían también la creación de entidades autónomas. El costo de la creación de tales entes podría ser compensado en parte por progresos en la eficiencia de otras instituciones.

Esta falta de coherencia exige el establecimiento de una estructura en que los líderes, del más alto nivel político, puedan definir estrategias en aquellas cuestiones cuyos multifacéticos aspectos son tratados normalmente por organismos que son gobernados por autoridades subordinadas a diferentes departamentos de sus administraciones nacionales con insuficiente coordinación entre ellas. Esta situación hace muy difícil alcanzar soluciones satisfactorias para cuestiones tales como el «capítulo social» en la OMC o el medio ambiente.

¿El G7-G8, un grupo en el que China, Indonesia, Brasil, Nigeria, por nombrar algunos, no están representados, tiene legitimidad para tomar tales decisiones estratégicas? Ciertamente no, pero puede darse un primer paso para mejorar la justicia en la representación de los países. Este puede consistir en reemplazar la cúpula del G7-G8, por ejemplo, cada dos años, por reuniones de líderes de los países que tienen directores ejecutivos en las juntas directivas del FMI y del BM, en un número que no debería exceder los 24 ó 25 a la vez. Este grupo se-

ría más representativo de la realidad mundial. Contando también con la presencia del Secretario General de las Naciones Unidas, de los líderes de las organizaciones de Bretton Woods, de la OIT y de la OMC, este nuevo grupo constituiría una clara y fuerte articulación entre las instituciones multinacionales y una representativa agrupación de líderes mundiales con la mayor legitimidad posible. Esta idea ha emergido en varias discusiones con algunas manifestaciones de interés, pero no veo todavía en el G7-G8 alguna señal particular que indique que nos estamos moviendo en esa dirección.

Existen buenos propósitos en este sentido, por lo menos en el FMI. Lejos de llevar a una indebida politización este apoyo transparente, bajo la mirada del público, debe situar la responsabilidad política exactamente donde se ubica. Desgraciadamente, la mayoría de los gobiernos están aún por convencerse de esta iniciativa.

Un importante factor que mantiene la resistencia al cambio radica en el temor a que se sustituya la soberanía nacional en el poder de instituciones anónimas y distantes, que estén fuera de todo control democrático. Esto, por supuesto, sería contrario a un principio básico muy claro en el magisterio social católico desde la Edad Media: el principio de subsidiariedad. La carta encíclica *Pacem in terris* claramente afirma:

«Es necesario que la relaciones existentes entre la autoridad pública mundial y la autoridad pública de las naciones individuales estén gobernadas por el mismo principio (de subsidiariedad). Esto quiere decir que la autoridad pública mundial debe asumir y resolver problemas de carácter económico, social, político o cultural, que son propuestos por el bien

*«Es necesario  
que las  
relaciones  
existentes  
entre la  
autoridad  
pública  
de las naciones  
individuales  
estén  
gobernadas  
por el mismo  
principio»*

*Pacem in Terris*

***Cuanto más vemos la necesidad de consolidar o admitir nuevas responsabilidades de los grupos mundiales, más se necesita hacerles saber que su contribución sólo puede ser subsidiaria***

***La ciudadanía responsable a todos los niveles debe ser uno de los valores claves para el siglo XXI***

común universal. Ciertamente, debido a las dimensiones, complejidad y urgencia de esos problemas, las autoridades públicas de los estados individuales no se encuentran en posición de asumirlos con alguna esperanza de darles solución definitiva. La autoridad pública mundial no está orientada a limitar el radio de acción de la autoridad pública del Estado individual, mucho menos a tomar su lugar. Al contrario, su propósito es crear, sobre una plataforma mundial, un ambiente en el que las autoridades públicas de cada Estado, sus ciudadanos y las asociaciones intermedias puedan lograr sus cometidos, cumplir sus deberes y ejercer sus derechos con mayor seguridad»<sup>1</sup>.

Esto sugiere que cuanto más vemos la necesidad de consolidar o admitir nuevas responsabilidades de los grupos mundiales, más se necesita hacerles saber que su contribución sólo puede ser subsidiaria. Todos deben entender que nada a nivel global puede ser logrado a menos que haya sido asumido por las opiniones públicas y respaldado por las iniciativas de la serie de instituciones, iniciativas en las cuales las ONGs pueden jugar siempre un mayor papel. La ciudadanía responsable a todos los niveles debe ser uno de los valores claves para el siglo XXI.

Desafortunadamente, subsiste el hecho de que el declarado temor sobre la proliferación institucional del mundo continúe debilitando la voluntad de cambio, y ésta sólo aparezca cuando ocurra una catástrofe mundial —climática o de otro tipo— que

---

<sup>1</sup> *Pacem in terris*, núms. 140-141.

las autoridades sean incapaces de manejar dentro de sus gobiernos nacionales.

Esto exige nuevas iniciativas de mayor alcance, pero de hecho las grandes esperanzas que tenemos para el siglo XXI —ver que el proceso de globalización que está unificando al mundo sirva al desarrollo humano— no se realizarán si la sociedad civil y los forjadores de opinión no aceptan conscientemente la responsabilidad de dotar a la opinión pública de una conciencia global. Un nuevo tipo de ciudadanía debe ser creado, no simplemente un cosmopolitismo vago, sino una genuina ciudadanía en todos los niveles de gobierno: local, regional, nacional y global. Sobra decir que el magisterio social católico puede jugar un gran papel para inspirar y respaldar este esfuerzo.

El bien común es universal y responsabilidad de todos. Jamás fue la palabra de Dostoievski más profética y pertinente: «Cada hombre es responsable de todo, delante de todos». Si seguimos este principio, el nuevo paradigma de desarrollo económico que se esboza podría ofrecer una singular oportunidad de lograr reducir la pobreza realmente.

### **3. Solidaridad en la reducción de la pobreza**

«La amenaza sistemática última es la pobreza»: estas palabras son de M. A. Gurria, Ministro de Finanzas de México. Esta referencia a la salud del sistema es un eco de la llamada lanzada por el Papa en el num. 17 de la *Sollicitudo rei socialis*: «o el desarrollo se convierte en un hecho común a todas las partes del mundo, o sufre un proceso de retroceso aun en las zonas marcadas por un constante progreso».

*Un nuevo tipo de ciudadanía debe ser creado, no simplemente un cosmopolitismo vago, sino una genuina ciudadanía en todos los niveles de gobierno*

*«Cada hombre es responsable de todo, delante de todos»*

*Fedor Dostoievski*

*Si los pobres  
se quedan  
sin esperanza,  
la pobreza  
socavará  
la estructura  
de nuestras  
sociedades  
a través de la  
confrontación,  
la violencia  
y el desorden  
civil*

Cuando se consideran todas las dinámicas que animan a nuestro mundo, la lentitud del progreso en la reducción de la pobreza aparece como totalmente inaceptable. Algunos datos dan una idea de la privación humana. Más de 1.300 millones de individuos viven con menos de un 1 dólar diario, más de 1.400 millones no tienen acceso al agua potable, 900 millones son analfabetos, 900 millones padecen hambre o desnutrición. Las brechas, constantemente crecientes, entre los ricos y los pobres en las naciones, así como el abismo entre las naciones más prósperas y las más empobrecidas, son moralmente inaceptables, económicamente devastadores y, en lo social, potencialmente explosivas<sup>2</sup>.

A esto nos llevan responsabilidad y solidaridad; pero la responsabilidad es universal, lo que significa que deben sentirse socios, no sólo los estados sino también las empresas y la sociedad civil.

Ahora sabemos que no es suficiente con agrandar la tarta, pues la manera como ésta es distribuida es profundamente influyente en la dinámica de desarrollo. Más aun, si los pobres se quedan sin esperanza, la pobreza socavará la estructura de nuestras sociedades a través de la confrontación, la

---

<sup>2</sup> Jim Woltensohn, Presidente del Banco Mundial, señaló este hecho, con duros términos, durante su discurso en Praga: «Vivimos en un mundo estigmatizado por la inequidad. Algo está mal cuando el 20% más rico de la población global recibe el 80% de los ingresos totales. Algo está mal cuando el 10% de una población recibe la mitad de los ingresos nacionales —como sucede hoy en muchos países—. Algo está mal cuando el ingreso promedio de los 20 países más ricos equivale a 37 veces el promedio de los 20 más pobres, una brecha que ha crecido más del doble en los últimos cuarenta años. Algo está mal cuando 1.200 millones de personas todavía viven con menos de un dólar diario y 2.800 millones todavía se ubican por debajo de los dos dólares diarios».

violencia y el desorden civil. Si estamos comprometidos con la promoción de la dignidad humana y la paz, no podemos soportar que se ignore la pobreza y los riesgos que tal indiferencia pueda traer para la paz. Todos debemos trabajar juntos para aliviar todo este sufrimiento humano: esto es lo que significa solidaridad.

La solidaridad es un tema permanente en el magisterio de la Iglesia, no es necesario aquí relacionar sus innumerables pronunciamientos. Pero la solidaridad es también un valor obvio y central para un mundo que se va unificando con tal de que en este proceso unificador la búsqueda de la paz y la solidaridad vayan de la mano, pues la paz es una condición imprescindible para el progreso económico duradero. Hemos escuchado que el desarrollo es el otro nombre de la paz. ¿Por qué olvidamos la fórmula inversa, según la cual la paz es el otro nombre del desarrollo?

Cuando se considera la trágica situación de una significativa parte de África, donde por lo menos una tercera parte de los países está directa o indirectamente envuelta en conflictos militares, civiles o tribales, ¿cómo podemos abrigar la ilusión de que algún progreso en la condición humana pueda ser alcanzable, si estos conflictos no son llevados a su fin o no se hace, por lo menos, un mayor esfuerzo —mucho más allá de lo que vemos hoy— para reducir las tensiones y prevenir el surgimiento de otras nuevas?

Cualquier propuesta de este tipo corre el riesgo de encontrarse con el escepticismo general, cuando no con el cinismo. Pero como la vida de tantas personas está en juego, aun sin mencionar el mejoramiento de las condiciones humanas, subrayo aquí sin vacilar las numerosas proposiciones pa-

*Hemos escuchado que el desarrollo es el otro nombre de la paz. ¿Por qué olvidamos la fórmula inversa, según la cual la paz es el otro nombre del desarrollo?*

ra restringir el comercio de armas y los gastos militares<sup>3</sup>, varias de ellas formuladas por el Pontificio Consejo de Justicia y Paz. Debemos respaldar estas propuestas. ¡Cuántos arados se podrían forjar con esta gran cantidad de espadas!

Si a través de diversas iniciativas de este tipo pueden surgir mejores perspectivas para la paz, entonces pueden aparecer buenas oportunidades para el nuevo paradigma de desarrollo. Pero muchas otras condiciones deben tener lugar para que su proceso sea efectivo.

En este campo los mismos países pobres están a la vanguardia. Muchos de ellos están mostrando lo que se puede hacer cuando el objetivo final es el desarrollo humano<sup>4</sup>.

---

<sup>3</sup> Restricción de las ventas de equipo militar a regiones vulnerables, abolición de la exportación de crédito con propósitos militares, acatamiento de la recomendación hecha por el Secretario General de la ONU, Kofi Annan, a los países africanos para adoptar niveles máximos de gasto militar que no sobrepasen, y preferiblemente sean más bajos del 1,5% del PIB en África, cooperación en la prohibición del comercio ilegal de materias primas y recursos naturales para financiar el conflicto armado, ampliación del registro de exportaciones militares de la ONU para incluir muchos más países y cobijar armamento liviano y municiones.

<sup>4</sup> Su experiencia sugiere para cada país un proceso con cinco componentes: 1) Estrategias nacionales que hagan de la atenuación de la pobreza la parte central de la política económica, al lado de un renovado énfasis en el rápido crecimiento del sector privado. 2) Sólidas políticas macroeconómicas conducentes a altos niveles de ahorro e inversión eficiente tanto en capital físico como humano. 3) Promoción del libre mercado y de políticas económicas orientadas al exterior: liberación del comercio y del intercambio, reducción del control de precios y subsidios, reforma de empresas públicas y fortalecimiento de los sistemas financieros. 4) Una articulación de leyes, estándares de regulación y códigos que soporten el funcionamiento de los mercados. Todos sintetizados en dos conceptos clave:

Pero si el contenido de un programa es importante, el grado de respaldo nacional cuenta aun más. No es necesario decir que el programa sólo funcionará si el país quiere que funcione, no sólo el gobierno, sino las personas y las organizaciones de su sociedad. En suma, el éxito se funda en la «apropiación» nacional de las políticas, a través de un acercamiento participativo que involucre a la sociedad civil en un diálogo constructivo. Asegurarse de que el país esté conduciendo, él mismo, el proceso, es absolutamente central para el espíritu de lo que las instituciones de Bretton Woods están haciendo ahora. Pero si esto ocurre, el resto del mundo debe estar listo entonces para movilizarse rápidamente con la ayuda necesaria, por lo menos en tres áreas.

Primero, en el frente comercial, dando la mayor prioridad a permitir un acceso irrestricto al mercado para todas las exportaciones de los países más pobres, inclusive los países pobres fuertemente endeudados (HIPC), de tal forma que estos puedan comenzar a beneficiarse mucho más de la integración al sistema global de comercio.

Segundo, respaldando políticas que animen el flujo de capital privado, especialmente la inversión extranjera directa, que trae sendos beneficios de nuevas transferencias de finanzas y de tecnología.

---

transparencia y buen gobierno. Estas «reformas de segunda generación» no son conceptos abstractos que puedan aguardar tiempos más propicios, son parte esencial para construir una exitosa economía de mercado. Entre más coincidan con la primera generación de reformas, mejor. 5) Un fuerte componente social: redes de seguridad social bien enfocadas y con costos razonables, un nuevo direccionamiento del gasto público hacia los servicios sociales básicos de educación y salud, así como esfuerzos para brindar mayores oportunidades salariales para los pobres.

*Mientras los países más desarrollados han estado recolectando alegremente sus dividendos de la paz, han reducido progresivamente su asistencia oficial para el desarrollo*

Tercero, contribuyendo financieramente. Aquí tocamos un tema que va más allá de la simple y necesaria provisión financiera, por muy importante que ella sea. Este es un tema estrechamente relacionado con la estructura básica de una comunidad mundial unificada: la mutua confianza entre sus miembros que implica dar valor a la palabra dada. Durante la década pasada, hemos sido testigos de dos fenómenos paradójicos. Por un lado, mientras los países más desarrollados han estado recolectando alegremente sus dividendos de la paz, han reducido progresivamente su asistencia oficial para el desarrollo, disminuyéndola sostenida y progresivamente muy por debajo de la meta del 0,70 % del PIB, que todos, excepto los Estados Unidos, habían prometido alcanzar para el 2000. Al mismo tiempo, en una conferencia mundial tras otra, se propusieron junto con los países en desarrollo y los países en transición a promover objetivos de desarrollo humano cuantificables y alcanzables.

Recuerdo la Declaración de Copenhague en la que los firmantes prometieron para el 2015 reducir a la mitad el número de personas del planeta que viven en la más extrema pobreza. También recuerdo Río, Jomtien, El Cairo, Roma y Pekín, donde los países prometieron alcanzar por lo menos otros seis objetivos en los próximos quince años:

- 1 Reducir a la mitad el número de personas que padecen hambre o malnutrición.
- 2 Promover la educación primaria para todos.
- 3 Reducir a dos terceras partes las tasas de mortalidad infantil y a tres cuartos las de mortalidad materna.

- 4 Proporcionar acceso universal al cuidado y asesoría para la reproducción a través de los servicios de salud primaria.
- 5 Invertir la creciente tasa de destrucción del medio ambiente.
- 6 Eliminar para el 2005 la desigualdad entre niños y niñas en el acceso a la educación primaria y secundaria.

Imaginemos por un momento que estos compromisos hubieran sido cumplidos: qué paso de gigante podría ser éste hacia un mundo mejor, qué paso de gigante sería éste para mejorar la suerte de los más desfavorecidos entre los pobres —¡las mujeres y los niños!—. Pero muchos de los líderes mundiales más importantes han estado perdiendo de vista estos compromisos, como yo mismo he podido observar discutiéndolo con ellos. De todas maneras me complace que hayan acordado considerar cada año, con ocasión de la reunión del G7-G8, un detallado reporte institucional dedicado a proporcionar una evaluación del actual progreso hecho hacia la consecución de estas metas y también, si hubiera retrasos, discutir las medidas necesarias para determinar una nueva senda hacia su consecución.

Éste es sólo un pequeño paso, pero nos muestra, por encima de todo cuán frágiles son nuestros compromisos colectivos y lo reducidas que son las posibilidades de que estos sean alcanzados sin una movilización mundial de la opinión pública, como es el caso de la campaña del Jubileo del 2000. Si se me preguntara cuál debe ser el tema de una nueva campaña, diría sin vacilar que debemos comprometernos a asegurar que los acuerdos que hemos suscrito sean cumplidos.

*Debemos  
hacer de la  
primera década  
del nuevo siglo  
una década  
de cumplimiento  
de compromisos  
pasados*

*Una  
aceleración  
en el  
crecimiento  
de los países  
en desarrollo  
puede aportar  
una poderosa  
contribución  
a la prosperidad  
del mundo*

Debemos hacer de la primera década del nuevo siglo una década de cumplimiento de compromisos pasados. Si permitimos que el cinismo prevalezca en este campo, estaremos abandonando el sueño de progresar hacia una sociedad global más fraterna. Esta es una cuestión de máxima urgencia. Temo que esté por llegar el momento en que se nos diga que, considerando el tiempo perdido desde que estos compromisos fueron formulados, los objetivos ya no son alcanzables. Aún no hemos llegado a este punto, pero la situación es apremiante. Necesitamos un súbito brote de responsabilidad y solidaridad.

Uno se puede imaginar fácilmente las numerosas sinergias que pueden resultar de esto: por ejemplo, entre el gasto social y el crecimiento, la educación y la participación democrática, la educación de niñas y la paternidad responsable. Las oportunidades de alcanzar un mayor nivel de crecimiento nacional aumentarían. Esto también podría generar una sinergia a nivel mundial dado que una aceleración en el crecimiento de los países en desarrollo puede aportar una poderosa contribución a la prosperidad del mundo. Esta sería la propia contribución de los países en desarrollo. Ciertamente, ellos también deben de actuar para realizar estos compromisos puesto que también ellos los han suscrito y, por supuesto, tienen la principal responsabilidad con su propio desarrollo humano.

Habiendo tocado los aspectos claves de la estrategia de reducción de la pobreza, permítaseme ahora subrayar que lo que he sugerido hasta aquí no es una obligación de generosidad para con un mundo mucho más pobre que el nuestro, sino nuestra contribución para hacer más fuerte la misma estructura de un mundo que ahora es uno, una estructura cuya solidez depende crucialmente de la

eliminación de la guerra, el respeto por los compromisos y el apoyo activo a aquellos que quieren sostenerse sobre sus propios pies luchando para mejorar la condición humana de sus ciudadanos.

Es el momento de dirigirse al ángulo micro económico y tomar la medida de lo que la dignidad del hombre, la responsabilidad y la solidaridad van a significar para la empresa como actor de este nuevo mundo.

Apuntemos primero cuan difícil va a ser esta tarea en si misma, y aun más por lo poco avanzados que están los estados en su propia tarea para establecer el marco legal necesario para el trabajo de la empresa en un marco globalizado.

Eso no es razón para desanimarse sino para actuar conjuntamente entre estados y empresas, para provocar algo como un salto cualitativo en el sentido de responsabilidad y solidaridad de unos y otros. Por mucho tiempo, Estados y empresas tendrán que caminar ayudándose como el ciego y el paralítico de la fábula. Lo importante es que caminen.

\* \* \*

El consenso de Monterrey ha puesto de manifiesto el papel de primer rango que las empresas han de jugar en el éxito verdadero de la globalización, éxito que no puede ser otro que su humanización. Ya era hora de que se reconociera este papel de los empresarios que desde un punto de vista cristiano os convierte en:

- continuadores de la creación, distribuidores de sus bienes y, en primer lugar, del empleo;

*Estados  
y empresas  
tendrán  
que caminar  
ayudándose  
como el ciego  
y el paralítico  
de la fábula.  
Lo importante  
es que caminen*

- creadores y responsables de comunidades de personas;
- creadores de relaciones entre hombres en horizontes cada vez más amplios y de esta manera, si, actores de esta globalización en lo que conlleva de más positivo para los hombres, la emergencia de una verdadera comunidad humana.

¡Porqué no dejarse entusiasmar por tal tarea, que os hace, en esta dirección de la globalización, los cómplices de Dios! Decía Teilhard de Chardin: «Es Dios mismo quien nos llama a través de este proceso unificador del universo» y añadía en otro libro «no esperamos nunca bastante de la unidad creciente del Universo». Esto es un llamamiento a ser: empresarios en el mejor sentido del término, es decir emprendedores audaces, responsables y solidarios. Para no repetir lo que tan admirablemente se ha ido desarrollando en las páginas de «Acción Empresarial» en los últimos años sobre la deontología del empresario cristiano, en nuestro nuevo contexto del siglo XXI, me gustaría limitarme a comentar dos eventos muy recientes.

El primero es el escándalo ENRON, y lo que, desgraciadamente, se ha difundido sobre el comportamiento de esta empresa y de sus auditores, recordándonos el trágico interrogante bíblico: «¿quién guardará a los guardianes?», «¿quién controlará a los controladores?»

El segundo es el mensaje del mundo, en Monterrey, a los empresarios.

La aleccionadora coincidencia entre el caso ENRON y el consenso de Monterrey me parece que da un singular relieve a lo que les decía, al empezar,

de la actualidad, la fecundidad de la Doctrina Social de la Iglesia para estos tiempos de globalización.

Los dos acontecimientos entran en increíble contraste, como dos realidades imposibles de reconciliar. El uno puede aparecer como una carcajada diabólica ante todos los esfuerzos que se iban desarrollando, con gran entusiasmo de muchos empresarios cristianos para ir cada vez hacia una mayor transparencia, establecer reglas de conducta, definir normas internacionales para las auditorías, principios de decencia en las remuneraciones de los dirigentes, combatir todas las formas de corrupción y prácticas especulativas basadas en la utilización de informaciones privilegiadas... De repente, tenemos un ejemplo contundente de que son montañas lo que habría que mover, y que todo parece operar en contra, no sólo de lo que pensamos debe de ser la empresa del futuro sino, aun más, de los principios éticos más elementales: no mentirás, no robarás... La tentación puede ser fuerte, dejar caer los brazos, abandonar lo que puede parecer una ilusión y contentarse con sobrevivir, ¡sálvese quien pueda!

¡Carcajada diabólica! Se puede ver así el caso ENRON. Prefiero interpretarlo como el símbolo de la condenación de un sistema centrado exclusivamente sobre el beneficio máximo e inmediato. En realidad, este sistema está condenado, otro empieza a establecerse, y esto nos invita no a resignarnos sino a continuar con lo que ha sido la actitud de asociaciones de empresarios como ASE, «adelantarse en sus posiciones (cito aquí las propias palabras de su Presidente, D. Carlos Álvarez Jiménez), adelantarse a estados de opinión o a normativas legales que con posterioridad se consagran a nivel público nacional (salarios justos, reajuste de planti-

lla, representantes de los trabajadores, etc.)». Esto es lo que hará de ustedes los arquitectos —y los albañiles...— de esta tercera revolución empresarial, la tercera en cincuenta años, que gana más y más terreno— y de manera prometedora en nuestros días. ¡Es la tercera! Empezamos en Europa en los años cincuenta con la muy exitosa experiencia de la economía social de mercado que cobró una fuerte y ejemplar identidad en lo que Michel Albert llamó «el modelo renano de empresa» con fuerte dimensión participativa, atención al largo plazo y a la cohesión social.

Vino la revolución Thatcher-Regan con un capitalismo exclusivamente atento al *bottom line*, más a la movilidad que a la estabilidad, el contrato individual supeditado a las convenciones o leyes; un sistema donde reina el accionista, el *stockholder*, y se olvida al *stakeholder*. La empresa se hace *network* y, no más, comunidad de personas, un sistema que exagera las desigualdades, y excluye, con un obvio desprecio, al más débil. Pero tal sistema por sus mismos excesos llamaba a una refundación ética profunda de la empresa y es lo que se está buscando ahora.

La demostración en tantos escándalos —incluso este último— de los abusos del enfoque exclusivo en el beneficio inmediato —la *bottom line*—, debería de dar un nuevo impulso a muchas innovaciones, para las cuales los empresarios cristianos pueden desempeñar un papel protagonista; se trata de reintroducir valores éticos en la vida de la empresa, la demostración de que en un contexto de buen *management*, estos valores son, no sólo factores de equilibrio social, de respeto del medio ambiente, de relaciones de confianza con todos los

*stakeholders*, sino también de eficacia empresarial y de desarrollo sostenible.

Muchos de ustedes son protagonistas, supongo, de estos primeros avances hacia una empresa que sabrá, más y más, reconocerse como comunidad humana de destino y reconocer sus deberes, no sólo para con sus accionistas y empleados, sino también para con sus clientes, con la ambición de ir hacia la «calidad total» con sus proveedores, con el medio ambiente, y con el país donde se establece. Se trata, en realidad, de un enriquecimiento de los objetivos de la empresa, sin salir desde luego de los límites propios de la actividad empresarial. Esta evolución corresponde a una petición insistente de la sociedad civil a raíz de la emergencia del concepto de desarrollo sostenible. Las bolsas han percibido su importancia y se adaptan a ella con la multiplicación de fondos éticos y de las correspondientes agencias de rating ético, como la conocida ARESE creada en 1997 en Francia.

Una ley británica del año 2000 ya hace obligatorios a los fondos de pensiones declarar, para cada inversión como se tomaron en consideración los criterios sociales, éticos o de medio ambiente en sus decisiones. Una ley francesa de 2001 sobre ahorro salarial tiene una disposición similar.

Finalmente, se descubren de nuevo los principios de lealtad y fidelidad para con los empleados, los accionistas y los clientes.

Por cierto se podría ver en esta tercera revolución empresarial un mero efecto pendular después de los abusos de la fase uni-dimensional anterior. Puede ser, pero es también una formidable oportunidad de hacer que la empresa contribuya a esta imprescindible humanización de nuestras socieda-

*Este es el desafío esencial para empresarios cristianos: demostrar que es posible, y más necesario que nunca, hacer de la empresa moderna una comunidad de hombres respetuosa de la dignidad de cada uno*

des y de todas las realidades de la globalización. Y para esto, lo repito, la luz de la Doctrina Social de la Iglesia me parece más relevante que nunca, y nos tocará, con imaginación, aplicar sus principios —aquí también cito al Presidente de ASE—, «a las estructuras de la empresa, estructuras de convivencia comunitaria en las que todos participen con arreglo a su función y a su competencia, respetando su dignidad humana y sus inalienables derechos derivados de esa dignidad». Este es el desafío esencial para empresarios cristianos: demostrar que es posible, y más necesario que nunca, hacer de la empresa moderna una comunidad de hombres respetuosa de la dignidad de cada uno.

¿Tarea ideal? ¡No! Tarea muy práctica también que se dirige, con gran atención, a los hombres y a las oportunidades.

No me cabe duda que los que vencerán en la contienda competitiva de los próximos años serán empresarios que habrán invertido con prioridad en capital humano, que habrán sabido valorar al máximo a cada uno de sus empleados, que habrán sabido asociarlos a los objetivos de la empresa y liberar este formidable capital de creatividad, de iniciativa que existe en todos los seres humanos, a veces ignorado por ellos mismos.

¡Pasemos ahora de ENRON a Monterrey!

Pasemos así de lo más íntimo en la vida de la empresa a lo más universal. Regreso de Monterrey —de la conferencia mundial sobre el desarrollo y su financiación—, y me sorprende que uno de los aspectos más importantes del consenso que se manifestó allí no ha sido suficientemente enfatizado: el papel protagonista de las empresas privadas en la consecución de un bien común universal, que sólo

puede resultar, en el mundo de hoy, del trabajo común de todos los estados, pero también de estos otros actores de primer rango que son ahora las empresas, los bancos y la sociedad civil. Hablaré sólo de las empresas: se vislumbra para ellas un papel que va mucho más allá de la contribución de la inversión extranjera directa a la financiación global de economías en desarrollo, y que abarca todo el papel de las empresas modernas para el proceso de desarrollo sostenible de países pobres o emergentes. Se ha constituido para adelantar este proceso un «Investment Advisory Council» entre la CCI y la UNCTAD, a iniciativa de Rubens Ricupero, y se han celebrado reuniones importantes en Monterrey. Desde luego, hay que ir más allá, pero este fue un inicio alentador.

Por cierto, hay que reconocer que en este terreno, tampoco, la realidad es idílica. Sabemos de las tremendas dificultades de empresas españolas en Argentina. Sabemos también del desprecio de muchas empresas multinacionales por su entorno en países en desarrollo —empresas mineras de África Austral, por ejemplo, sin reacciones ante el hecho de que 40% de sus trabajadores estén infectados por el HIV-SIDA.

Valdría la pena que ustedes meditaran sobre los párrafos 22 a 24, en particular, del documento de Monterrey. Hay ahora un reconocimiento internacional de que el desarrollo está condicionado a la capacidad de los países en desarrollo para atraer inversión privada y ayudarles a hacerse ciudadana de estos países. Esto implica que muchos países en desarrollo se empeñen en mejorar el marco técnico o legal de las actividades empresariales. También se subraya el hecho que, recíprocamente, el desarrollo estará determinado en gran parte por la

apertura y la generosidad con la cual las empresas extranjeras deben saber responder a sus responsabilidades ciudadanas locales. Esto puede ser decisivo para las perspectivas del desarrollo, y correlativamente de la justicia y de la paz en el Mundo.

\* \* \*

Concluyendo.

Hemos hablado de civilización. La civilización no es hereditaria. O lo es poco. Cada generación debe luchar para salvar la suya, humanizándola.

*La civilización  
no es hereditaria.  
Cada generación  
debe luchar para  
salvar la suya,  
humanizándola*

Hablábamos de retos para el empresario cristiano. Después de un recorrido algo tortuoso, llegamos a una conclusión sencilla. ¿Qué espera el mundo —después de Monterrey— de los empresarios? ¡Qué lo sean! Que sean empresarios —emprendedores al 100%—, de los empresarios cristianos —con la suerte y la responsabilidad que tuvieron de recibir este tesoro de la humanidad que es la doctrina social cristiana—, que sean empresarios cristianos al 100%.

Es tarea de testigos, es tarea difícil, muy a menudo no se os entenderá, a veces habrá risas cínicas, a veces «la gente dirá toda clase de males de vosotros...». ¡Bienaventurados seréis!

Pero, a parte de esto, ¿qué le toca a cualquiera que se empeñe seriamente en su vocación de cristiano?, hay una tarea magnífica que el mundo espera y necesita con toda urgencia: hacer que se abran nuevos espacios, espacios universales, para la fraternidad y la esperanza. Esta es nuestra tarea, a esto nos llevará nuestra fidelidad a los principios

sociales cristianos. Esta es la fuente a la que debemos siempre retornar porque, como Jacques Maritain dijo en un discurso a las Semanas Sociales de Francia en 1936: «Si llega el día en que presenciemos una civilización universal enraizada en principios comunes básicos y que reconozca el mismo bien común... será porque la civilización habrá sido sostenida por energías cuya fuente se habrá hallado en la gracia de Cristo». Trabajemos pues para que llegue ese día.

\* \* \*

Apéndice: párrafos 22 a 24 del «Consenso de Monterrey»:

22. A fin de complementar la labor nacional, es necesario que las instituciones internacionales y regionales pertinentes y las instituciones apropiadas de los países de origen aumenten su apoyo a la inversión extranjera privada en el desarrollo de la infraestructura y otras esferas prioritarias, incluso en proyectos para cerrar la brecha en materia de tecnología informática, tanto en los países en desarrollo como en los países con economías en transición. Con ese fin, es importante proporcionar créditos de exportación, servicios de cofinanciación, capital de riesgo y otros medios de financiación, garantías contra riesgos, servicios de movilización de asistencia, información sobre oportunidades de inversión, servicios de desarrollo empresarial, foros para facilitar los contactos comerciales y empresariales y la colaboración entre empresas de países desarrollados y en desarrollo, así como fondos para financiar estudios de viabilidad. La colaboración entre empresas es un

poderoso instrumento para la transferencia y difusión de tecnologías. A este respecto, conviene fortalecer las instituciones financieras y de desarrollo multilaterales y regionales. En los países de origen también deberían adoptarse otras medidas para estimular y facilitar las corrientes de fondos de inversión hacia los países en desarrollo.

23. Si bien los gobiernos son quienes establecen el marco en que se desenvuelven las actividades comerciales, las empresas, por su parte, tienen la responsabilidad de participar en el proceso de desarrollo de manera que inspiren confianza y se pueda contar con ellas. Instamos a las empresas a que tengan en cuenta no sólo las consecuencias económicas y financieras de sus actividades sino también los aspectos sociales, ambientales, de desarrollo y de género. En este espíritu, invitamos a los bancos y a otras instituciones financieras de los países en desarrollo y desarrollados a que promuevan enfoques innovadores de financiación para el desarrollo. Acogemos con beneplácito todos los esfuerzos que se hagan por promover el espíritu cívico en los círculos empresariales y tomamos nota de la iniciativa de las Naciones Unidas tendente a promover asociaciones a nivel mundial.

24. Apoyaremos la creación de nuevos mecanismos de financiación en los que participen los sectores público y privado y en que se utilicen instrumentos de deuda y valores, tanto en los países desarrollados como en los países con economías en transición y que benefician en particular, a los pequeños empresarios, las empresas pequeñas y medianas y los servicios de infraestructura. Una de esas iniciativas público-privadas podría ser el establecimiento de mecanismos de consulta entre las organizaciones financieras internacionales y regio-

nales y los gobiernos nacionales, por un lado, y el sector privado, por otro, en los países de donde proceden los fondos y en los países receptores, con miras a crear condiciones favorables para la actividad empresarial.

\* \* \*

Conferencia pronunciada el 3 de abril de 2002, en Madrid, con motivo de los actos organizados por Acción Social Empresarial por su 50 Aniversario.







